

gitud Oeste. Después de un viaje feliz, el *Hotspur* nos desembarcó en Sidney, donde Eraus y yo entramos en las minas de oro con nombre supuesto.

»Ya comprenderéis lo demás. Eraus y yo hicimos fortuna, viajamos y volvimos á Inglaterra como unos aventureros que vienen á morir en su país natal. Durante veinte años hemos llevado una vida feliz, creyendo que el pasado se hundió para siempre. ¡Juzgar cuál sería mi terror cuando ví aparecer al marinero Hudson! Ahora comprenderéis también, hijo mío, la razón de mis humillaciones y de mis consideraciones con ese hombre, de cuyo silencio depende mi porvenir, y pensad cuánto será mi dolor viéndole en camino, con la boca llena de amenazas, del Hampshire».

Aquí terminaba la narración y, un poco más abajo, una mano temblorosa escribió estas palabras, casi invisibles: «Beddoes me ha escrito que *H.* lo ha dicho todo. ¡Dios tenga piedad de nosotros!»

Ya sabéis, querido Watson, la dramática historia del *Gloria Scott*. El joven Trevor partió con el corazón destrozado y no he vuelto á saber más de él. En cuanto á Beddoes y á Hudson, desaparecieron sin dejar rastro alguno. Tal vez Hudson matara á Beddoes. Quizás Beddoes matara á Hudson. No sé.

EL DOCUMENTO ROBADO

Durante mi vida escolar trabé íntimo conocimiento con un muchacho llamado Percy Phelps, y que tenía sobre poco más ó menos mi misma edad. Era un alumno aplicadísimo, ganaba todos los premios, y, finalmente, obtuvo una beca que le permitió continuar en Cambridge su triunfal carrera. Recuerdo que era de muy buena familia y sobrino carnal del eminente político lord Holdhurst, á pesar de lo cual sus compañeros no concedían importancia á esta posición y procuraban molestarle y zaherirle siempre que podían. Salimos del colegio y ya no volví á oír hablar de él hasta una hermosa mañana del mes de Julio—quince días después de mi boda—en que recibí la siguiente carta.

«Briarbrae Woking.

»Querido Watson: Creo que no habréis olvidado al *renacuajo* Phelps, que estaba en tercera cuando vos estábais en quinta. También es posible que se-
»páis obtuve, por influencia de mi tío, un empleo en
»el ministerio de Estado, y el cual acabo de perder
»—y con él mi honor—por un terrible suceso que ha
»venido á tronchar mi carrera para siempre

»No me parece oportuno dar detalles por escrito, y los reservo para cuando nos veamos. Estoy convaleciente de una enfermedad, que ha durado nueve semanas, causada por el disgusto. ¿Seríais tan amable que convenciérais á vuestro amigo el señor Holmes para que viniese á verme? A pesar de que la justicia y la policía me han dicho que todo es inútil, yo espero que su talento descubrirá lo que la ineptitud de los demás no ha sabido encontrar. Venid lo más pronto posible. Esta incertidumbre me mata y me parece que las horas llevan sandalias de plomo.

»Decidle á Holmes que si antes no solicité su ayuda no fué por ignorar sus altas cualidades, sino porque mi estado me impedía pensar en nada. Ahora ya soy algo más dueño de mí, aunque no tanto que pueda escribir—según veréis—yo mismo mis cartas.

»Siempre vuestro,

PERCY PHELPS.»

Me convenció de tal modo esta carta que hubiera hecho lo imposible por complacer á mi antiguo camarada. Mi mujer fué también de igual opinión, y sin pérdida de tiempo salí de mi casa, tomé un coche y media hora después estaba en el conocido cuarto de Baker Street.

Holmes, vestido con una bata y sentado ante la mesa de trabajo, analizaba cuidadosamente una operación química. El contenido de una retorta, coloca-

da en la llama azul de una lámpara de Bunsen, bullía ruidosamente, y el resultado de la destilación se condensaba en un recipiente de cristal. Mi amigo apenas si se dignó mirarme cuando entré, y comprendiendo yo que debía tratarse de alguna operación importantísima me senté en un sillón sin decir una palabra. Holmes continuó sus operaciones, hundiéndose en distintas redomas un tubo de vidrio, extrayendo de cada una algunas gotas que fué echando en una probeta. Después, cogiendo un papel tornasol, y volviéndose hacia mí, dijo:

—Llegáis á tiempo, querido Watson. Se va jugar ahora mismo la vida de un hombre. Si este papel permanece azul, ese hombre vivirá, si no ya puede contarse con los muertos.

Hundió el papel en la probeta, y el papel tomó inmediatamente el color sucio.

—¡Hum!... Ya me lo temía. Tened la bondad de esperad un momento. Ahí tenéis tabaco, como siempre, en la pantufla.

Y sentándose delante del escritorio escribió algunos telegramas. Luego se los entregó á un criado, y ya más tranquilo, se sentó en frente de mí abrazándose las piernas huesosas.

—Después de todo es un crimen vulgar—murmuró.

Después, levantando la voz y mirándome cara á cara, añadió:

—¿Qué hay, amigo Watson?—Debe de ser algo muy importante cuando dejáis á vuestra mujercita.

Yo le tendí la carta de Phelps.

—Después de todo no dice gran cosa—dijo Holmes después de leerla atentamente.

—Eso creo yo.

—Y sin embargo, la letra es muy interesante.

—No es letra de mi amigo.

—Ya, ya. Precisamente por eso es interesante. Es letra de mujer.

—No, de hombre.

—No, de mujer, y de una mujer de carácter enérgico y decidido. No es mal principio para nuestras investigaciones el saber que vuestro amigo está relacionado con una mujer que, buena ó mala, tiene una naturaleza excepcional. Ya se despertó mi curiosidad, y, por lo tanto, ardo en deseos de ir á Woking y ver al joven diplomático y á la mujer que le escribe las cartas.

Tuvimos la suerte de llegar á la estación de Waterlloo en el momento de salir un tren, y antes de una hora nos hallamos en los pinares de Woking, y unos minutos más tarde en Briarbrae. Era una antigua mansión señorial de piedras musgosas y torres que agujereaban el cielo. Entregamos nuestras tarjetas y nos introdujeron en una sala elegantemente amueblada. Al poco rato entró un caballero que nos saludó afable y cortesmente. Debía tener cuarenta años; pero sus mejillas eran tan rubicundas y tan alegres sus ojos, que parecía más bien un muchacho.

—¡No sabéis cuánto me alegro de veros!—nos

dijo estrechándonos las manos.—El pobre Percy no hace más que preguntar por Holmes y por Watson. Como sus padres no quieren apenarse oyendo hablar de los sucesos tan dolorosos y tan...

—Sí, ya sé que no sois de la familia—interrumpió Holmes.

Nuestro interlocutor vaciló un instante, luego bajando la vista, se echó á reír.

—Efectivamente. A no ser porque debéis de haber visto mis iniciales J. H. sobre el medallón, os creería brujo ó adivino. Sí, me llamo José Harrisson, y aunque ahora no sea pariente de Percy, lo seré en cuanto se case con mi hermana. Ahora tendré el gusto de presentárosla; no se separa ni un momento del lado del enfermo. ¿Vamos?

Entramos en un cuarto coquetón y elegante, mitad tocador y mitad alcoba. Un joven muy pálido, muy demacrado, estaba tendido en un sofá cerca de la ventana, recibiendo á pleno rostro los aromas del jardín que entraban y se extendían como un consuelo y una esperanza. Cerca de él había una muchacha, que al vernos entrar murmuró:

—¿Me retiro, Percy?

El la estrechó la mano como reteniéndola, después nos tendió la que le quedaba libre:

—¿Cómo va, querido Watson? ¿Sabéis que no os hubiera conocido con esos bigotazos? También yo estoy algo cambiado, ¿verdad? Este señor debe ser vuestro amigo Holmes, ¿no es eso?

Presenté á ~~Sherlock~~ y nos sentamos frente al en-

fermo. Harrisson había desaparecido y sólo quedaba su hermana de pie al lado de Percy. Era una mujer nada vulgar, tal vez algo pequeña, pero con unos ojos grandes de mujer latina y el pelo negro y ondulante marcando el lindo rostro ovalado. ¡Y era bien triste y bien amargo ver la frescura y el ardor de sus colores junto á la demacración y la palidez de su amante!

—No quisiera haceros perder mucho tiempo— empezó Percy Phelps, incorporándose un poco— y por lo tanto, voy á contaros lo sucedido sin preámbulo de ningún género.

Yo era, Sr. Holmes, un hombre completamente feliz, y cuando iba á lograr el colmo de mis aspiraciones casándome con miss Ana Harrisson, sufrí un golpe terrible que ha venido á truncar para siempre mi porvenir.

Ya os habrá dicho nuestro amigo Watson que estaba empleado en el ministerio de Estado, donde, gracias á mi tío, había logrado una gran posición. Cuando mi tío fué nombrado ministro me llevó á su secretaría particular, y como tuviera la suerte de resolver á su gusto dos ó tres asuntos que me encargara, creció su confianza y aumentaron sus bondades.

Hace diez semanas próximamente, el 23 de Mayo, para precisar todo, me llamó á su despacho, y después de felicitar me por mis éxitos, me anunció que iba á encomendarme de una misión gravísima.

—Esto que véis aquí—dijo sacando de su escrito-

rio un rollo de papel—es el original del famoso convenio secreto entre Inglaterra é Italia y del cual se ha hablado tanto durante estos días en la prensa. Ya comprenderéis la importancia que tiene el secreto y lo peligroso que sería dejar traslucir lo más mínimo. Francia y Rusia darían sumas considerables por conocer el contenido de estos papeles que, á no ser porque necesito imprescindiblemente una copia, no hubieran salido nunca de ese cajón. ¿Hay en vuestro despacho algún mueble que tenga llave?

—Sí.

—Entonces tomad y guardadlo. Cuando se vayan todos os quedáis copiándolo hasta que lo terminéis, y mañana me entregáis la copia y el original en cuanto venga. Cogí los papeles y...

—Un momento—interrumpió Holmes.—¿Estábais solos durante esa conversación?

—Completamente solos.

—¿Era muy grande la habitación?

—Unos diez metros en cuadro.

—¿Estábais en el centro?

—Creo que sí.

—¿Hablábais en voz baja?

—Ya lo creo. Mi tío tiene la costumbre de hablar siempre bajo y en cuanto á mí no hablé casi nada.

—Está bien—murmuró Holmes cerrando los ojos.

—Continuad.

—Hice las cosas tal como dijo mi tío. Esperé á que se fueran mis compañeros. Uno de ellos, Carlos Gorot, tenía que terminar un trabajo urgente y que-

dó en la oficina mientras yo salía á cenar. Cuando volví ya se había marchado y yo me dispuse á trabajar de firme para ver si podía marcharme con José —el Sr. Harrisson, á quien habéis visto hace un momento—que pensaba tomar el tren de las once.

Hojeando el tratado comprendí que mi tío no había exagerado nada encareciendo su importancia. Puedo deciros, sin faltar al secreto, que definía el papel de Inglaterra en la Triple Alianza y que esbozaba la actitud que había de adoptar este país en el caso de que la escuadra francesa llegara á sobrepujar á la italiana en el Mediterráneo. Al final del tratado figuraban los nombres de los personajes encargados de firmarlo.

Después de este ligero examen me puse á mi trabajo de copista.

El documento estaba escrito en francés y se componía de veintiséis artículos. Yo trabajaba lo más de prisa que podía; pero á las nueve no tenía copiados más que ocho artículos y ya podía estar seguro de que no volvería con José á Woking. Sentía sueño y empezaba á dolerme la cabeza. Entonces pensé que tal vez una taza de café bien cargado me despejara un poco, y como en el ministerio se queda siempre un ordenanza de guardia durante toda la noche, toqué el timbre.

Con gran asombro mío ví que entraba en el despacho una mujer gruesa, ordinaria, con delantal blanco. Me dijo que era la mujer del ordenanza y la encargué que me trajeran una taza de café.

Escribí otros dos artículos; luego, sintiéndome cada vez más torpe y más pesado, me levanté y di algunos paseos por la habitación. El café no venía. Molesto por la tardanza abrí la única puerta que tiene el despacho y salí al pasillo; luego bajé una escalera de caracol que me llevó al cuarto del ordenanza de guardia. ¡Ah!—se me olvidaba.—Frente al vestíbulo que da á la habitación del portero, y al pie de la escalera por lo tanto, termina otro pasillo que conduce, por otra escalerilla, á la puerta de servicio y que alguna vez utilizan los empleados que vienen por Charles Street.

Conforme os iba diciendo, Sr. Holmes, entré en el cuarto que daba al vestíbulo; encontré al ordenanza dormido con los codos sobre la mesa, mientras que una lamparilla de espíritu de vino sostenía una vasija llena de agua hirviendo. Alargué la mano, y ya iba á sacudir á mi hombre, que roncaba estrepitosamente, cuando encima de mi cabeza sonó un timbre y el ordenanza se despertó sobresaltado.

—¡Calla... se... señor Phelps! ¿Estáis aquí?

Me eché á reír al ver su asombro.

—Sí, hombre, sí. He bajado á ver si estaba ya el café.

—Perdonadme... Me he dormido y...

El timbre continuaba sonando, y el ordenanza, levantando la cabeza, dió un grito.

—Pero... pe... ro, Sr. Phelps: ¿quién ha llamado?

—¿Cómo que quién ha llamado? ¿Qué timbre es ese?

—¡El de vuestro despacho!...

Quedé un instante sin saber lo que me pasaba. Luego, volviendo en mí, eché á correr como un loco, subí las escaleras de tres en tres, seguí la largura del pasillo y entré en el despacho. ¡Nadie! Todo estaba tal como yo lo había dejado. Sobre la mesa estaba la copia empezada. El original había desaparecido.

Holmes se incorporó, y restregándose las manos con aire satisfecho, preguntó:

—¿Y qué hicisteis entonces?

—En seguida comprendí que el ladrón debía de haber venido por la escalera de servicio, porque si no le hubieræ visto.

—¿Estáis seguro de que nadie pudo estar oculto en el despacho ó en el corredor?

—Completamente seguro. Ni un ratón podría pasar inadvertido.

—Está bien. Seguid.

—El ordenanza, comprendiendo por mi súbita palidez que debía ocurrir algo grave, subió conmigo las escaleras y permanecía delante de mí con la mirada ansiosa y la boca abierta. Sin decirle nada salí de la habitación y, seguido de él, descendí nuevamente las escaleras y llegué á la puerta de servicio. Estaba cerrada, aunque no con llave, y abriéndola salimos fuera. Recuerdo que en aquel momento sonaron tres campanadas en una iglesia próxima. Eran las diez menos cuarto.

—Eso es muy importante—dijo Holmes, anotando la hora en el puño de la camisa.

—La noche estaba muy oscura y una lluvia fina y lenta mojaba las calles. En Charles Strees no había nadie; pero al final, en Whitehall, la circulación era, como de costumbre, muy numerosa. Corrimos tal como estábamos, con la cabeza descubierta, y en la esquina nos encontramos con un *policeman* (1). ¡Acaban de cometer un robo!—exclamé antes de llegar á él.—Han robado un documento importante en el ministerio de Estado. ¿Habéis visto pasar á alguien?

—Durante un cuarto de hora, que es el tiempo que llevo aquí, no ha pasado más que una mujer alta, ya de edad, con un chal negro.

—¡Ah! Esa es mi mujer—exclamó el ordenanza.—¿No ha pasado nadie más?

—No.

—Entonces el ladrón ha debido seguir otro camino.

Y el ordenanza me tiraba del brazo para que volviéramos atrás, pero yo no estaba convencido y aun aquellos esfuerzos exaltaban más mis sospechas.

—¿Por dónde se ha ido esa mujer?

—No sé, caballero. Como no tenía por qué observarla, no me fijé. Sólo sé que iba muy deprisa.

—¿Y hace mucho tiempo que pasó?

—No, mucho tiempo no.

—¿Cinco minutos?

—No sé; tal vez haga menos.

(1) Agente de policía.

—Estamos perdiendo un tiempo precioso, señor Phelps—exclamó el ordenanza.—Mi mujer no tiene absolutamente nada que ver en este asunto. Vamos hacia atrás... y si no venís iré yo solo.

Y girando sobre sus talones echó á correr, pero yo la detuve en seguida.

—¿Dónde vivís?

—En Yoylane Brixton, núm. 16—contestó.—Pero no os dejéis engañar por una pista falsa y hacedme caso; vamos á mirar por este otro lado.

Después de todo, nada se perdía con seguir su consejo y los tres echamos á andar hacia Whitehall. La calle estaba llena de gente; pero todos los yentes y vinientes marchaban apresurados, cuidándose únicamente de esquivar la lluvia.

Entonces volvimos al ministerio. Examinamos de nuevo el pasillo y la escalera sin encontrar huella alguna, á pesar de que el suelo del corredor estaba cubierto de linoleum muy claro y se hubiera visto fácilmente cualesquiera señal.

—¿Había llovido por la tarde?—preguntó Holmes.

—Sí; estuvo lloviendo hasta las siete.

—¿Cómo os explicáis entonces que la mujer que entró en vuestro despacho á las nueve, no dejara la señal de sus pies mojados?

—Me felicito de haber coincidido con vos en esa observación. También yo me hice esa pregunta: pero me dijeron que las criadas tienen la costumbre de quitarse las botas en el cuarto del portero y ponerse unas zapatillas para andar por el interior.

—¡Ah! Entonces se comprende que no dejara huellas. Continuad.

—Volvimos á examinar el despacho. No tenía ninguna puerta secreta, y las ventanas, además de estar á diez metros de altura, estaban cerradas por dentro. La alfombra alejaba toda sospecha del suelo y el techo del cielo raso estaba intacto. Sea quien fuese el ladrón, estoy seguro de que entró por la puerta.

—¿Y la chimenea?

—No existe. Nos servimos de una estufa. Y en cuanto al timbre está colocado de tal modo que no puede atribuirse á una inconsciencia el hacerlo sonar.

—Perfectamente. Supongo que si hubiera habido algún objeto extraño á los habituales—un guante, una colilla, una horquilla, etc., etc.,—lo hubiéseris notado, ¿no es eso?

—No había nada absolutamente.

—¿Y olor?

—¿Olor? Confieso que no me fijé en ese detalle.

—¡Ah! pues hubiera facilitado muchísimo el trabajo. Supongamos que oliera á tabaco...

—De eso estoy seguro. Yo no fumo, y hubiera notado en seguida el olor. De todo aquel misterio sólo había un hecho indudable que pudiera servirnos como dato; y era que la mujer del ordenanza Tangey había salido precipitadamente de la casa. Y como el marido se limitaba á contestar que su mujer se marchaba siempre á aquella hora, el poli-

ceman y yo juzgamos que debíamos apoderarnos inmediatamente de *mistress Tangey* antes de que pudiera ocultar el documento, suponiendo que fuera ella la ladrona.

Ya había llegado la noticia á *Scotland Yard*, y cuando salíamos nos encontramos con el *detective Forbes* que, desde aquel momento, tomó la dirección del asunto. Tomamos un coche y pocos minutos después estábamos en el núm. 16 de *Yoylane Brixton*. La joven que nos abrió la puerta—y que era la hija mayor de los *Tangey*—nos dijo que su madre no había venido aún y nos condujo á la sala principal.

Pasados diez minutos sonó un campanillazo, y al poco rato oímos clara y distinta la voz de la muchacha:

—En la sala hay dos caballeros que desean hablaros.

Se oyeron unos pasos precipitados que se alejaban, y *Forbes*, abriendo rápidamente la puerta, salió al pasillo; yo le seguí y llegamos á la cocina, donde encontramos á *mistress Tangey* quitándose el sombrero. Al principio nos miró seria y altiva, luego reconociéndome, murmuró:

—¡Calla! ¿Sois vos, Sr. *Phelps*?

—Bueno, bueno, menos conversación—interrumpió *Forbes*.—¿Por qué huíais de nosotros?

—Creí que seríais del Juzgado. Como nos han demandado por deudas á un...

—No, no ha sido por eso—continuó el agente.—

Sospechamos que vos sois la persona que ha robado un documento importantísimo del despacho de este señor, y por lo tanto, váis á venir con nosotros á *Scotland Yard* para que os registren.

No le sirvió protestar y defenderse, y á viva fuerza la metimos en un coche y emprendimos el camino de *Scotland Yard*. Antes de salir observamos que no había en la cocina la menor señal de cenizas ni de papeles.

La mujer encargada de los registros femeninos no encontró nada en los vestidos y en el cuerpo de *mistres Tangey*.

Al saberlo, y por la primera vez, comprendí todo el horror de mi situación. Hasta entonces el movimiento, la fiebre de las pesquisas me privaron de pensar y de discurrir. Pero una vez pasado aquello y hundida la última esperanza, sólo me quedaba sufrir y cruzarme de brazos. Siempre he sido de un temperamento muy impresionable y cobarde ante las situaciones difíciles, y lleno de espanto, díme á pensar en mi tío, en la vergüenza y el deshonor que echaba sobre él, sobre sus compañeros de Gabinete, en mi ruina, en la desesperación de mi familia. Recuerdo confusamente un golpe en la cabeza, unos gritos que me desgarraban la garganta, y unos brazos fuertes que me sujetaron y unas palabras compasivas que intentaron calmar mi excitación. Creo que uno de los agentes me llevó hasta la estación de *Warterlóo*, y que desde allí vino, afortunadamente conmigo, el doctor *Ferrier*.

Y digo afortunadamente, porque en la estación de Woking me dió un ataque de nervios tan fuerte, que perdí la razón para no recobrarla hasta hace tres días. Ya supondréis el efecto que causaría mi llegada á esta casa y cómo se aumentó el dolor de mi familia al saber los motivos de mi enfermedad. José fué expulsado de este cuarto, que es el suyo habitual, me acostaron en su cama, y desde entonces esta angelical Ana no se ha separado un momento de mí durante el día, dejándome por las noches al cuidado de una enfermera.

Lentamente, paulatinamente, ha vuelto la razón, y con ella el tormento pasado... Mi primer acto racional fué telegrafiar á Forbes pidiéndole noticias; pero el *detective* me contestó que no se había vuelto á descubrir nada, y que el misterio continuaba. Como no se pudo probar nada contra el matrimonio Tangey, recayeron las sospechas sobre el joven Gorot;—que, según recordaréis, se quedó aquel día más tarde que los demás—pero bien pronto se comprendió que no tenían razón de ser las acusaciones, puesto que yo no había empezado á trabajar cuando él salió del ministerio.

Entonces acudí á vos, Sr. Holmes. Sois mi última esperanza. Si me abandonáis, mi honor y con él mi vida se hundirán para siempre.

El enfermo agotado por lo largo de la narración, se dejó caer sobre los almohadones y bebió ansiosamente una taza de tisana que le ofreció mis Harrison.

Holmes permaneció en silencio durante largo rato. Al fin, y lentamente, masticando las palabras, preguntó:

—¿Habíais dicho á alguien que teníais que copiar ese documento?

—A nadie.

—¿Ni siquiera á miss Harrison?

—Tampoco. Además, tened en cuenta que yo no volví á Woking hasta después del robo.

—¿No fué nadie de vuestra familia á veros?

—Nadie.

—¿Conocía alguno de vuestros parientes el camino de vuestro despacho?

—Todos lo sabían.

—Y... pero, después de todo, es inútil que hablemos de ello, puesto que ninguno conocía la existencia del documento.

Hubo una pausa. Holmes hundió la barba entre las manos. Durante un rato sólo se oyó en la habitación el jadeo del enfermo.

—¿Qué informes tenéis del ordenanza Tangey?—preguntó Sherlock de pronto.

—Excelentes. Es un licenciado del ejército.

—¡Ah!... ¡Caramba, que flor más bonita!

Y levantándose, fué hacia la ventana abierta, y cogiendo el tallo de una rosa empezó á olerla, mostrando gran satisfacción. Aquella acción suya me dió á conocer un nuevo aspecto de Holmes. Nunca le había visto demostrar tanto interés por las cosas de la Naturaleza.

—Las flores—continuó mi amigo apoyado en la ventana—son la prueba más innegable de la bondad de la Providencia. Ellas son lo supérfluo, ellas son el encanto de nuestros ojos, sin ellas podríamos vivir; pero ellas hermocean la vida.

Los rostros de Percy Phelps y de Ana Harrison se oscurecían, perdían su gesto de esperanza oyendo aquellas palabras tan extrañas y fuera de lugar. Reinó de nuevo el silencio. Holmes, hundida la mirada en las flores, sonreía...

—Y... ¿no véis algún medio para resolver esta situación?—murmuró de pronto la novia de Phelps.

Holmes pareció volver brusca y pesarosamente á la realidad.

—Realmente, señorita, todo esto es muy confuso, muy extraño... Sin embargo, os prometo estudiarlo y veremos...

—¿Tenéis formado algún plan?

—Tal vez...

—¿Sospecháis de alguien?

—Sí; de mí mismo.

—¿Cómo?

—Sospecho de que no sean ciertas mis suposiciones.

—Entonces, ¿volveréis á Londres en seguida?

—Habéis acertado, señorita—contestó Holmes inclinándose; luego, volviéndose hacia mí, continuó:—Me parece, querido Watson, que debíamos volver hoy mismo. Sin embargo, no confiéis mucho, Sr. Phelps. ¡Es tan misterioso todo esto!...

—¿Cuándo volveréis?—preguntó ansiosamente el diplomático.

—Mañana, en el primer tren; pero repito que no confiéis demasiado.

—¡Gracias, gracias! ¡No sabéis lo tranquilo que estoy ahora! ¡Ah! Hoy he recibido una carta de lord Holdhurst.

—¿Sí? ¿Y qué dice?

—Es una carta bastante fría, aunque no muy dura. Dice que á pesar de la gravedad del asunto, no se resolverá nada hasta que yo esté restablecido y pueda rehabilitarme.

—No está mal. Vaya, Watson, ¿vamos? El futuro cuñado de Phelps nos acompañó á la estación y poco después rodábamos camino de Portsmouth. Holmes, absorto en sus pensamientos, no pronunció una palabra durante largo tiempo. De pronto, cuando llegábamos á Clapham, exclamó:

—Realmente son admirables estas líneas aéreas. Fijáos cómo se goza viendo las casas debajo de nosotros...

Al principio creí que se burlaba, puesto que no podían presentar peor ni más pobre aspecto aquellas casuchas hacinadas unas sobre otras; pero luego comprendí que hablaba seriamente.

—Mirad esos edificios que surgen como islas de ladrillo en un mar de plomo.

—Son las escuelas públicas—contesté.

—Justo. De ellas brotarán los nuevos cerebros que han de engrandecer y mejorar nuestra patria. De

ellas... ¡Hombre! Me parece que Phelps no debe ser muy aficionado á la bebida.

—Creo que no.

—Celebro que seamos de la misma opinión—continuó Holmes con una seriedad imperturbable. Pero eso no impide que el pobre muchacho esté bastante comprometido. ¿Qué os parece miss Harrison?

—Debe ser un carácter muy entero.

—Muchísimo. Ella y su hermano son los dos hijos únicos de un herrero. Phelps la conoció el invierno pasado viajando por el Northumberland. Cuando ocurrió la catástrofe, miss Ana Harrison y su hermano estaban pasando una corta temporada en casa de Phelps, y á pesar de que ya tenían dispuesta la marcha, suspendieron el viaje y se quedaron para cuidar al enfermo. Como véis no estoy desprovisto de datos retrospectivos.

—Y qué, ¿tenéis algún indicio?

—Tengo varios. Los crímenes más difíciles son los que á primera vista no benefician á nadie. Afortunadamente en éste sucede todo lo contrario. En este caso estaban interesados el embajador de Francia, el de Rusia, el individuo que pudiera vender el documento á estos dos señores y... lord Holdhurst.

—¡Lord Holdhurst!

—Claro. Hay muchos casos en que un ministro vería con gusto la pérdida de ciertos papeles.

—Pero querido Holmes... ¡Un hombre como lord Holdhurst!... Tan íntegro, de una reputación tan intachable

—No importa, Watson, no importa. Hablaremos con el ministro y celebraré que sean infundadas mis sospechas. Por de pronto ya he empezado á trabajar.

—¿Ya?

—Sí. Mirad lo que he mandado desde Woking á los principales periódicos de Londres.

Y me entregó un papel donde había escrito con lápiz lo siguiente:

«Diez libras esterlinas de recompensa.»

»Se desea saber el número del carruaje que la noche del día 23 de Mayo último, á las diez menos cuarto, dejó á una persona á la puerta del ministerio de Estado, en Charles Street. Las contestaciones deben dirigirse al núm. 221 de Baker Street.»

—¿Pero estáis seguro de que el ladrón fué en coche?—pregunté cuando terminé la lectura.

—Ya recordaréis que vuestro amigo Phelps aseguró y reaseguró que ni en el despacho ni en el pasillo podía ocultarse nadie; luego es indudable que el ladrón vino de la calle. Ahora bien, lloviendo como llovía aquella noche, ¿cómo os explicáis que no se encontrara huella alguna en el linoleum del piso? Ya veis que no resulta muy ilógica la suposición de un carruaje.

—Tenéis razón.

—Ya veremos. Otro de los puntos oscuros, tal vez el más oscuro de este suceso, es el timbre. ¿Es que el ladrón lo tocó por jactación? O ¿había alguien